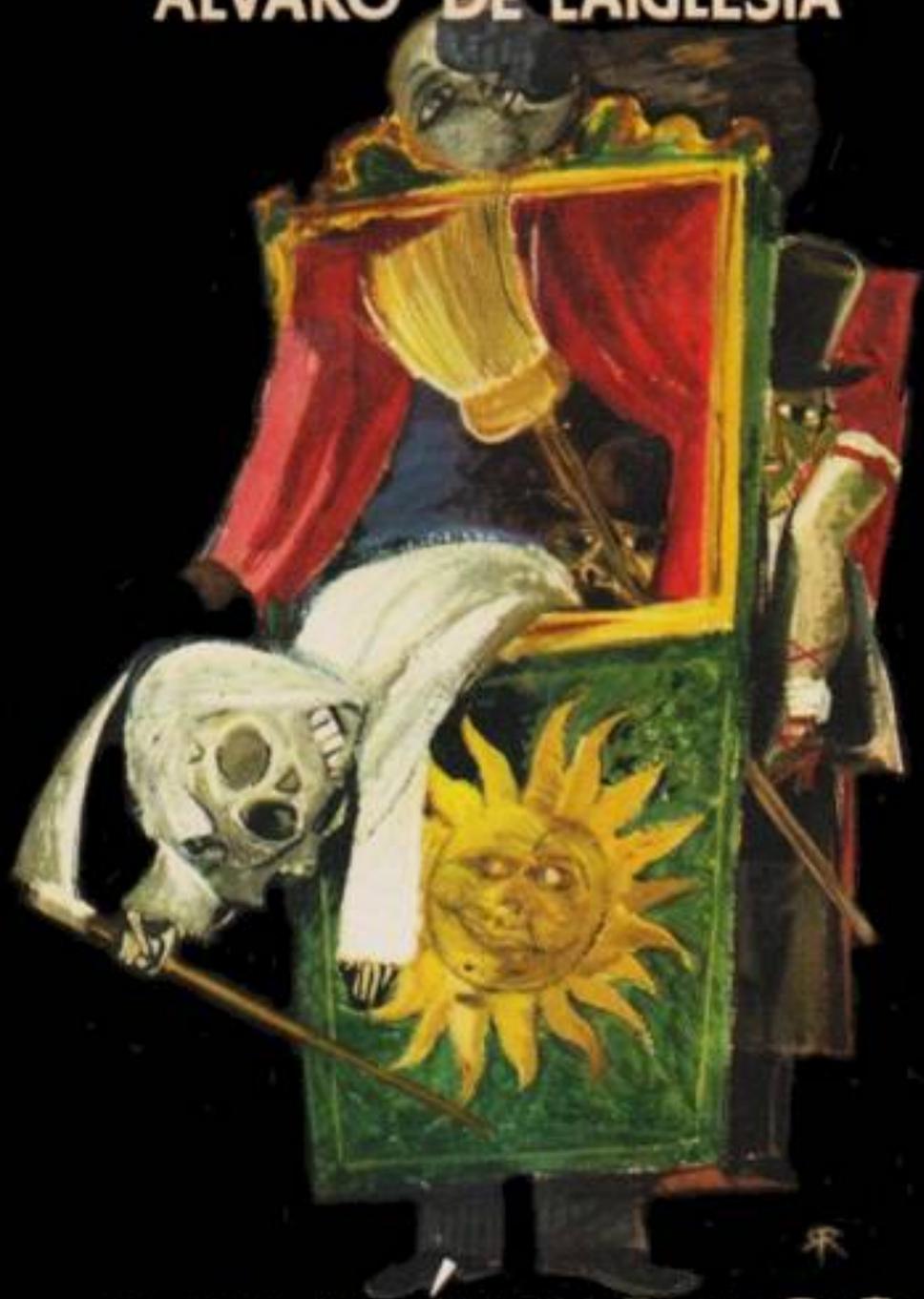


ÁLVARO DE LAIGLESIA



UN NAUFRAGO
EN LA SOPA

Esta novela tiene mucho de surrealista y poco de humor, surrealista es hasta más no poder. Porque si no, ¿qué se puede decir de una persona que sólo es cabeza y que, por lo tanto se alimenta de versos y cosas necesarias para el intelecto? Este es uno de los personajes, circunstanciales, eso es verdad, de la obra. Sin embargo, un personaje no tan circunstancial tiene un párpado cosido, dejando el ojo siempre abierto, por evitar un tic. El personaje principal está a punto de morir por tener dos corazones funcionando a la vez, uno de ellos tatuado sin el nombre de la amada y al que hay que tatuarle un nombre encima para que deje de palpar y así salvar a la persona. Y tantas y tantas cosas igual de surrealistas o más que estas.

I - Moribundo

El Doctor Valière salió de la alcoba imprimiendo a su levitón un gracioso coleo. Era un hombre anguloso, cortante, con unas orejas tan retorcidas como un par de caracolas marinas. Habló a sus colegas con marcado acento francés:

—Opino, señores, que el señorito Hugo ha cogido un aire.

En la antesala que conducía al cuarto del enfermo se hallaba reunido un coro de doctores en actitud expectante. Se apiñaban en consulta, con sus levitas de prestidigitador, y parecían consternados, como si les hubiese fallado el truco de escamotearle la muerte al paciente.

Sorprendió a todos la opinión del eminente Valière, pues no esperaban aquel diagnóstico de curandero.

—¡Un aire! ¡Valiente tontería! —gruñó el doctor Borines, especialista en gripazos.

—¡Sí, un aire! —repitió Valière—. El gran dislate de la Medicina ha sido menospreciar el valor clínico de estos aires que dan de improviso y matan sin remedio. Hemos buscado antídoto a la hidrofobia; hemos conseguido embotellar la sangre humana y clasificarla por cosechas, como los vinos de La Rioja; hemos logrado, en fin, hostilizar a los microbios hasta hacerles la vida imposible. Pero nada pudimos contra estas enfermedades tontas, protegidas precisamente por la coraza de su misma tontería. En vano nos desojamos sobre los microscopios buscando el bacilo que las propaga. ¿Cómo encontrarlo, colegas míos, si no existe? ¡Es un aire! ¡Un aire especial que se atraganta, se ulcera y supura sabe Dios en qué recoveco de las vísceras! Allí tie-

nen ustedes a los idiotas de las aldeas. Pregunten en cualquier villorrio las razones de la enfermedad que aqueja al idiota local, y todo el mundo les dirá lo mismo: «Le dio un aire». Pregunten a los parálíticos de las pequeñas ciudades provincianas, todos responderán igual: «Me dio un aire». ¡Un aire! ¡Aires nefastos que soplan desde una sierra del trasmundo! Aires sutiles, maléficos y mortales, que producen cánceres invisibles y extraños... Al señorito Hugo, insisto, le ha dado un aire; tiene dentro del cuerpo el remolino de un aire inaudito, y sólo un milagro le salvará.

En la habitación inmediata, medio ahogado por el peso de un edredoncillo gordinflón, Hugo veía aproximarse su fin. Esperaba con serenidad el desenlace, atento a las espirales azules de un cigarrillo. Se sentía pesado y notaba un curioso hormigueo en todo el cuerpo, como si lo tuviese lleno de perdigones.

A veces hojeaba *magazines* norteamericanos que no entendía, pero le confortaba el anhelo vital que fluía de aquellos retratos de muchachas rubias que tostaban sus piernas magistrales al sol de Palm Beach. Se le contagiaba el optimismo de aquel país en el que todo el mundo se ríe enseñando los dientes; dientes blancos y fuertes; bocas tan frescas y juveniles que, acercando la revista a la nariz, parece percibirse en todas ellas un sanísimo olor a mentol.

«Fumo el último cigarrillo como los condenados a muerte», pensó en un raptó de cursilería. Y luego se dijo: «¿Qué gentileza tendrían los verdugos antiguos con sus víctimas cuando el tabaco no había sido descubierto?»

La puerta se abrió con violencia y entraron los doctores hablando ruidosamente de cosas triviales, para quitar importancia a la mala noticia que traían preparada.

—¡Deliciosa mañanita de sol! —decía uno.

—El tiempo, no obstante, es algo húmedo —añadía otro colega.

—No olvidemos que ayer hubo un chubasco —contestó Valière, que agitaba una jeringuilla hipodérmica en su mano

derecha.

—¿Y bien? —dijo Hugo con temblor de reo que espera el fruto de las deliberaciones del jurado.

—Y mal, señorito Hugo —rectificó Valière—. Y muy mal. Hugo trató de sonreír.

—Entonces... ¿todo ha concluido?

—Casi todo. Y si quiere que le diga la verdad, lo siento: me era usted bastante simpático, y me había hecho a la idea de salvarle —confesó Valière.

—¿Qué se le va a hacer! —le consoló un colega obsesivo—. En esta profesión no todo son satisfacciones.

—Pero aún queda una esperanza —dijo otro doctor con lentes—. Tenemos que ponerle una inyección de aceite alcanforado.

—El aceite alcanforado es el óleo que emplea la Medicina para administrar la Extremaunción científica —bromeó Borines, que siempre se estaba haciendo el gracioso.

Los otros médicos rieron su ocurrencia para quitar patetismo a la escena.

—¿Tiene usted razón, amigo Borines! —apoyó un especialista en huesos, sin poder contener la risa—. Todos los médicos estamos convencidos de que el aceite alcanforado no sirve para nada. Pero se lo ponemos a los moribundos, como si fuese la gran traca final en un festejo de fuegos artificiales.

Valière, acercándose a Hugo, le clavó aquella última banderilla en un brazo.

—Huele bien ese aceitito —comentó el enfermo por decir algo.

—¡Ya lo creo! —dijo un homeópata marisabidillo—. Como que el alcanfor es uno de los olores más ricos que existen.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Bien, bien... —dijo alguien—. ¡Vaya con el moribundo!

—Y el caso es que no tiene mal color, ¿verdad? —volvió a decir Borines.

—¡Fíese usted de las apariencias!

A Hugo le llamó la atención una levita violácea que resaltaba entre las levitas de los doctores.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un notario —le explicaron—. Dice que pasaba por aquí, y que subió por si podía ser útil en algo. Ya sabe usted; esas menudencias: legados, testamentos... Cosas de ese tipo...

¿Cómo había podido olvidarlo? ¡Aún no había dictado su última voluntad! Imposible dejar este mundo sin decretar una distribución de su fortuna. Hizo una seña a la levita violácea, que se acercó al lecho apresuradamente.

—Bien, pollito, bien —empezó a decir el notario sacando del bolsillo un gran fajo de papeles de colores—. Para simplificar el trabajo de mis clientes, llevo siempre varios testamentos en regla. Basta con que estampe su firma en el que sea más de su agrado.

—Enséñeme los modelos —dijo Hugo con el hilillo de voz de los moribundos.

El notario deshizo el fajo y se los fue mostrando.

—En primer lugar, he aquí el testamento sencillo mediante el cual se cede la fortuna, íntegra e incondicionalmente, a un solo deudo.

—No tengo deudos. Soy huérfano y solo en el mundo —suspiró Hugo.

—He aquí, en tal caso, un bello testamento para legar cuanto se posee a una sociedad benéfica. ¡Cuántas y qué hermosas sociedades benéficas necesitan dádivas para proseguir su labor!: «Reformatorio de ancianas bebedoras», «Asilo para señoritas con algún pecadillo», «Sociedad protectora del escrofulosito del amor»...

El paciente esbozó una mueca de disgusto. No le gustaba aquella fórmula de cesión de bienes. Su vida de muchacho pudiente y caprichoso no estaba en consonancia con

aquella esplendidez póstuma. ¡Ser benefactor del desvalido! («¿Benefactor o bienhechor?», pensó, perplejo ante la duda). No estaría mal crear con su dinero una «Fundación Hugo», en la cual se sirviese vino gratuitamente a todos los borrachos humildes que, para beber, tienen que privar del sustento a sus pobres hijos... Rechazó esta idea tenebrosa.

El notario le mostró testamentos de diversos colores, puestos en abanico como las cartas de una baraja.

—Le recomiendo estos testamentos, joven; son divertidísimos. En ellos, la persona que testa hace una diablura a sus herederos valiéndose de unas cláusulas que son para morir de risa. En este testamento amarillo se impone al beneficiado la obligación de usar toda su vida un gorro de papel. En este otro, verde, se obliga a la esposa del difunto al suplicio intolerable de no volver a casarse... Y así, todos. Le aseguro que este género testamentario es el más regocijante. Hasta los finados más severos pasaron buenos ratos viendo a sus deudos, por la mirilla del otro mundo, sometidos a la tiranía de estas cláusulas llenas de fino humorismo...

Hugo dio un respingo y el notario se asustó.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada —respondió el enfermo—. Un poco de *delirium tremens*, pero ya pasó.

Hugo dijo al notario que le dejara varios testamentos, y prometió firmar uno antes de marcharse de la vida.

—No deje de hacerlo —le dijo el notario al despedirse—. Sólo la alegría de una herencia puede compensar al dolor de una muerte. ¡Buenas noches!

Y salió del cuarto. Hugo, al ver que por la ventana entraba el risueño sol del mediodía, comprendió que el notario le daba las buenas noches porque a los moribundos no se les puede desear «buenas tardes» ni «buenos días». A los moribundos hay que decirles: «Buenas noches»; o mejor aún: «Buena noche eterna».

Valière, en nombre de sus colegas, dijo al enfermo:

—Nosotros nos quedaremos aquí hasta que... —se ruborizó—. Bueno: hasta que... eso.

—No se molesten —suplicó el moribundo—. Prefiero estar solo. Me azoraría un poco hacer la gracia de morirme delante de todos ustedes.

Los doctores se despidieron a su vez, prometiendo tácitamente asistir al entierro.

Hugo llamó a su viejo criado. Era el fiel Domingo uno de esos sirvientes que «vieron nacer» al señorito de la casa. Sirvió a sus padres hasta el día aciago en que decidieron morir. El padre de Hugo, como todos los grandes señores de su tiempo, falleció en un desgraciado accidente de caza. A su madre se la llevó un jaquecazo imponente.

Junto con su patrimonio, Hugo recibió aquel simpático viejecito, sucio y bebedor, pero muy cariñoso. Domingo jamás se separó de su señorito, quizá por el vínculo que crea el hecho de «haberle visto nacer». Existe un afecto especial, casi un parentesco, entre el niño que nace y esas gentes que estuvieron al lado del tocólogo esperando su llegada en la estación de la vida.

El criado entró en la alcoba con los ojos enrojecidos y el uniforme más puerco que de costumbre.

—¿Has vuelto a beber, Domingo? —le dijo Hugo dando a su hilillo de voz un leve matiz de severidad.

—No, señorito. Perdóneme el señorito, pero he llorado. Piense que yo vi nacer al señorito...

Hugo se dijo que existía muchísima gente que le había visto nacer. Antes de su enfermedad, encontraba con frecuencia a señoras ancianas que se apresuraban a abrazarle en las reuniones con sus brazos huesudos pretextando «haberle visto nacer». También encontró brigadieres retirados, peritos topógrafos y viudas talluditas que estuvieron presentes en aquel importantísimo momento. A juzgar por los cientos de personas que juraban «haberle visto nacer», siempre tuvo la impresión de que su nacimiento se verificó en el escenario del Teatro de la Ópera.

Llamaron al timbre de la puerta principal y Domingo salió a abrir. Hugo, mientras tanto, decidió que lo mejor sería repartir su fortuna entre las personas que, por el hecho de «haberle visto nacer», podían ser consideradas como parientes en décimo grado.

—Una señorita desea ver el piso —anunció Domingo—. Como quedará desalquilado cuando el señorito... —Y tosió.

A Hugo le irritaba aquella prisa por echarle del mundo.

—¿Le has dicho que estoy moribundo?

—Sí. Y me ha dicho: «¡Pamplinas!»

—No lo entiendo.

—Lo entenderá mejor el señorito cuando sepa que el portal está entornado desde esta mañana y que el portero me ha pedido, hace un momento, unos pliegos de papel para las firmas. Todo ello me parece una grosería del portero, si se tiene en cuenta que el señorito está todavía de cuerpo presente, en el buen sentido de la palabra.

Hugo hizo un débil gesto de resignación.

—Bien. Deja que la señorita vea el piso. Y tú, acércate a la farmacia y compra un frasquito de aceite alcanforado. Creo que me sienta bien.

Cuando se fue el sirviente, a Hugo le pareció que su mal se agravaba con rapidez. Sus manos exangües buscaron un *magazine*... Allí, en la página quince, estaba la muchacha de Palm Beach con sus piernas geniales... Y en la hoja siguiente había un desfile de sufragistas guapísimas... ¡Qué delicia cometer cualquier pecado gordo, para tener derecho a redimirse en manos de aquellas sufragistas rubias, con profusión de hoyuelos en las mejillas!... ¡Qué gran tontería estar moribundo cuando la vida podía ser tan amable y tan guapa!... Reír... Fumar... Beber... Lo otro... Pero Hugo estaba prácticamente muerto. Todo él olía por dentro a alcanfor. Le pusieron alcanfor para matarle la polilla de la muerte, lo mismo que se pone alcanfor a los fraques y a las

ropas de lana. Eso era él: un pelele de trapo; un despojito humano; una caquita de oveja.

II - Palmira

Cuando al percibir un ruido abrió los ojos, la muchacha se hallaba en el centro del cuarto mirándole con sorpresa. Al principio creyó que su fiebre le engañaba; que era una broma del *delirium tremens*. Pero la vio retroceder asustada y comprendió que realmente estaba allí.

—¡Oh! —dijo ella—. Usted perdone. No sabía...

Hugo no estaba lo bastante comatoso para no comprender que aquella señorita era joven, guapa y estupenda. Hizo esfuerzos para coordinar sus ideas. ¿Cómo diablos había brotado de la alfombra aquella flor de vida junto a su lecho de muerte?

«Es demasiado bonita para ser la Parca —pensó—. Además no trae guadaña. Y si es la Parca, lleva el esqueleto muy bien disimulado».

Ella lo explicó todo entre deliciosos balbuceos.

—Vine a ver el piso creyendo que usted..., en fin... Quería echar un vistazo a esta parte de la casa. Ya estuve en las habitaciones de detrás: son hermosísimas.

—Casa antigua —dijo él maquinalmente—. Ocho habitaciones, un baño, tres balcones a la calle y servicios aparte.

Al ver que el enfermo se incorporaba, la muchacha no pudo reprimir un leve grito.

—Perdone —se excusó—. Ustedes los moribundos tienen un no sé qué...

—Somos un poco fantasmas, ¿no es eso? —dijo él, algo más animado—. Pero siéntese un momento.

—No quisiera molestarle —se resistió ella—. Usted tendrá que... —Y contuvo un «morirse» final que hubiera sido poco delicado.

La señorita se sentó al fin y Hugo pudo contemplarla a su antojo. Cubría su cabeza una gran pamelita veraniega, color de guinda, que filtraba sobre sus facciones, gordezuelas e incitantes, un vivo resplandor sanguíneo. Plantados en medio del busto lucía dos medios cocos perfectos y firmes bajo la cretona florida de su vestido.

Costó algún trabajo iniciar la conversación. Fue ella la que, llena de curiosidad, hizo la primera pregunta:

—¿Es bonito el otro mundo? —dijo con una sonrisa tan inocente y angelical que Hugo pensó si aquella señorita no habría dejado su par de alas en el perchero del vestíbulo.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Siempre nos parece que los moribundos miran con un ojo la vida y con el otro el más allá. Lo mismo que a esos espectadores que en los desfiles se suben a un árbol para verlo todo bien, nos gusta preguntar a los moribundos: «¿Es bonito aquello? ¿Se ve animación de almas? ¿Qué se dice por la ultratumba?»

—Sin embargo, yo le aseguro que los moribundos no vemos nada sobrenatural —explicó Hugo—. A lo sumo algunas estrellitas azules y muy tenues, iguales a las que se vislumbran en la vida cotidiana cuando alguien nos golpea en la cabeza con un martillo.

Se produjo un silencio embarazoso.

—¿Tiene usted el proyecto de alquilar mi piso? —empezó Hugo con voz un poco más firme.

—¡Oh, sí! Es una verdadera monada.

—Tendrá que arreglar el termosifón —advirtió él—. Desde hace algún tiempo, para tener agua caliente, tenemos que encender muy temprano.

—Todos los termosifones tienen sus rarezas —dijo ella por decir algo, defendiendo a los termosifones que, en el fondo, le importaban un pito.

—Tampoco estaría de más dar un repaso al tiro de la cocina —prosiguió el enfermo con énfasis de hombre que dicta sus últimas voluntades.

—No dejaré de hacerlo.

Otra vez se fundió el plomo sutil de la conversación. De la muchacha fluía un suave olor a colonia buena; un olorcillo grato, gimnástico y estimulante. Hugo olvidó los ásperos olores de las medicinas que atestaban su mesilla de noche, entregándose con delicia al efluvio de la visita.

«Me muero sin conocer el amor —se dijo desesperadamente—. Quizá me muera por eso mismo. Pero ¿será cierto que me muero? ¿Puedo morirme existiendo en el mundo muchachas como ésta, con sus pamelas color de guinda y sus grandes ojazos ingenuos?»

Y fue en aquel preciso momento, mirando a la bella inquietina que pretendía heredar su piso, cuando Hugo hizo una pirueta de acróbata para aferrarse al trapecio de la vida.

—¿Puedo saber su nombre?

—Palmira. Palmira Scott —respondió ella con naturalidad. Y de un manotazo empujó hacia atrás su pamela, que quedó suspendida en el aire, sujeta al cuello por un leve barboquejo invisible.

Domingo regresó una hora después con el paquetito del aceite alcanforado. Los vecinos le habían detenido en la escalera preguntándole por la salud de su amo, y tuvo que contarles cómo su señorito se deslizaba por el tobogán de la muerte. Domingo lloraba un poco en cada descansillo, explicando la enfermedad a su manera.

—Le ha dado un aire aquí —decía con su acento cazurro, pinchándose en la cadera con un dedo.

Algunas señoras aprensivas indagaron si esos aires eran contagiosos.

—Habiendo niños en la casa, todas las precauciones son pocas —cloqueaban temerosas.

Muchos preguntaron si el piso quedaría libre. Dos dijeron que convendría fumigar el cuarto del enfermo en el acto.

—No vamos a fumigar con el señorito dentro, demonio —protestó Domingo.

Uno solo pareció entristecerse. Y el portero le rogó que le hiciese una señal por el patio cuando todo hubiese concluido, para disponer la mesita de las firmas; esa mesita con desgarrada falda negra, de viuda vieja, con su tinterito de tinta morada y su pluma, que se engarabita en las rúbricas retorcidas.

—¿Y dónde irá usted cuando el señorito le falte? —preguntó a Domingo la previsora vecina del principal derecha.

Y Domingo no supo contestar. Lo cierto es que no lo había decidido, a pesar de que nunca tuvo fe en la fortaleza física de Hugo. Varias veces, en vida de los señores, exteriorizó su opinión, un poco brutal, de que «el señorito Hugo era muy escuchimizado y no resistiría el primer bandazo». Los señores no sabían lo que quería decir «bandazo», y por eso no le escucharon. Y ese «primer bandazo» que él profetizaba se había presentado de pronto, cogiendo desprevenido al fiel sirviente. ¿Adónde ir? Tenía un hermano transportista que rodaba por todo el país en un viejo camión lleno de hortalizas hasta los topes. Y una prima, fea como un espectro, casada en segundas nupcias con un picador de México. Tenía también algunos ahorros y acariciaba el proyecto de retirarse a vivir en una casita de campo... ¡Sueños de mayordomo inglés! Pero únicamente podría realizar su aspiración si el señorito Hugo le dedicaba en su testamento un recuerdo cariñoso de cincuenta mil pesetas.

Sin haber resuelto lo que haría cuando sucumbiese el último brote de aquel noble árbol genealógico, Domingo entró en el piso. Le sorprendió escuchar desde el salón el sonido de un tarareo insistente. No dio crédito a sus oídos: ¿cómo podía cantar el señorito estando, como estaba, a dos pasos del estado comatoso?

Fue a la alcoba, y a duras penas contuvo un grito de asombro: ¡la cama estaba vacía!

Corrió al cuarto de baño.

¡Allí, con el rostro enjabonado, en bata y zapatillas, el moribundo se afeitaba alegremente!

—Cepíllame el frac —ordenó Hugo quitándose con la toalla un poco de jabón que tenía en una oreja.

Y Domingo, con su paquetito de aceite alcanforado en una mano, demostró una vez más su gran categoría de servidor: sin despegar los labios hizo una leve inclinación de cabeza, y se fue a buscar el cepillo.

A Hugo le hizo gracia aquel asombro grave y flemático de su fiel criado. Empleó el resto de la tarde en prepararse para aquella primera visita de convaleciente. Abrió el balcón de su alcoba para que abril se llevase toda la atmósfera cancerosa y gangrenada que había respirado en las semanas de gravedad. Le pareció que estrenaba un cuerpo nuevo y hasta tuvo la coquetería infinita de peinarse las cejas con saliva.

—Tú sabes —dijo a Domingo más tarde, mientras se iba poniendo las piezas de su frac— que la Muerte se presenta a los moribundos cuando los médicos fallan su estocada. Esos estoques a medio clavar que nos dejan los médicos después de su faena nos harían sufrir atrocemente si no fuese porque la Muerte, gran puntillera, siempre aparece con sus mulillas para evitar al público el feo espectáculo de las agonías interminables.

—No le entiendo al señorito.

—Pues bien: imagínate que a mí, en el trance supremo de la puntilla, me ha visitado la Vida. No vino la Muerte descarnada, que sonrío la muy tonta porque no tiene labios. ¡Llegó la Vida, Domingo! ¡La Vida misma! ¡La Vida rubia, con los ojos azules y una gran pamelita de color de guinda! Ella me salvó. Ella fue el potentísimo bicarbonato